ABELLAN, JOSE LUIS: *El erasmismo español. Una historia de la otra España.* Ed. Gráficas Espejo, Madrid, 1976.

La negación de un Renacimiento filosófico español ha sido una constante, tanto entre pensadores autóctonos como extraños. El profesor José Luis Abellán, siempre preocupado por los temas-problema de nuestro pensamiento publicó hace algún tiempo un nuevo libro: *El erasmismo español,* que ha venido a proyectar sus haces de luz sobre la teoría afirmativa de la existencia de un auténtico Renacimiento español.

Pero además de darse Renacimiento en España, «en algunos aspectos—nos dice Abellán—tiene incluso aportaciones propias y originales de su genio al espíritu renacentista. La novela picaresca es, sin duda, una de esas aportaciones características» (pág. 27).

El profesor Abellán no se dedica en su ensayo a hacer afirmaciones gratuitas. Desde sus primeras líneas trata de probar que en España se produjo Renacimiento precisamente a través y por obra y gracia del erasmismo, «demostración palpable e inequívoca de que existe un Renacimiento filosófico español, tantas veces negado incluso por eruditos de alto fuste» (pág. 12).

Y en otra parte, respecto a la cronología de los inicios del Renacimiento, afirma que «el Renacimiento en España no empieza realmente hasta los Reyes Católicos; antes de 1474 no puede hablarse más que de algunos antecedentes—importantes, sí—, pero que todavía no dan espíritu a una época. El siglo XV es la época de la creación de bibliotecas en casa de los nobles y de las dos grandes cortes humanistas: la de Juan II de Castilla y la de Alfonso V en Nápoles, que darán la pauta de lo que después va a ser la Corte de los Reyes Católicos» (página 35).

Es importante constatar en la obra del profesor Abellán que el estancamiento de las ideas renacentistas durante el período del reinado de Isabel y Fernando se debió «a las directrices religiosas implantadas por los Reyes Católicos» (pág. 39), que asfixiaron el desarrollo, el cual podía haberse visto incrementado mediante el comercio con el Nuevo Continente y la importación de riquezas, que hubieran creado una industria floreciente. Las causas de que no fuera así hay que ir a buscarlas en esas directrices religiosas ya señaladas y como una consecuencia lógica en el hermetismo propio del espíritu de «cristiano viejo». «El triunfo del cristiano viejo—señala Abellán, citando a Pierre Vilar—significa cierto desprecio del espíritu de lucro, del propio espíritu de producción, y una tendencia al espíritu de casta. A mediados del siglo XVI, los gremios empiezan a exigir que sus miembros prueben

la limpieza de sangre: mala preparación para una entrada en la era capitalista» (pág. 40). En otra parte alude a las famosas unidades conquistadas por los Reyes Católicos y que sirvieron para asentar las bases de su nuevo estado, «todo ello creado con medios más o menos criticables—algunos de ellos mucho, como la Inquisición y las coacciones contra moriscos y judíos—, revelaba un alto sentido del destino nacional, que a raíz del descubrimiento de América adquirió un fuerte carácter misional» (pág. 36).

Lo malo es que todo este estado de cosas no cambió en los reinados siguientes, sino que incluso en algunos se acentuó: «La prolongación durante todo el siglo XVI de la política religiosa iniciada por los Reyes Católicos fue nefasta para todo el futuro español hasta nuestros días; lo peor es que esa política no sólo se prosiguió, sino que durante el reinado de Felipe II aún se hizo más dura e intolerante, debido a la reacción creada por el luteranismo, por un lado, y contra el erasmismo, por otro, lo que llevó a una falsa interpretación contrarreformista de las directrices del Concilio de Trento» (pág. 40).

Estas ideas del profesor Abellán, sin duda certeras, se vienen apuntando por algunos otros autores como causa de todos los males que durante siglos han aquejado y aquejan a España, entre ellos el económico: «Quizá el hecho de más trascendencia de todos los señalados sea la ausencia en España de una aristocracia comercial e industrial, que sería la base de esa burguesía impulsora de las actividades renacentistas en otros países» (pág. 41). Y respecto a la cultura, la ciencia y la filosofía baste recordar las palabras de Sánchez Albornoz, que cita el profesor Abellán, al respecto: «No cabe negar el daño tremendo producido por el temor a la Inquisición en la devoción de los hispanos por el saber. Impidió con rigor el libre vuelo de las meditaciones filosóficas o de las especulaciones que de algún modo pudieran topar con las vidriosas cuestiones de la fe. Contribuyó indirectamente a sangrar el caudaloso potencial de curiosidad intelectual que el humanismo y los descubrimientos habían creado en los peninsulares. El Santo Oficio no pudo incidir a las claras en el desarrollo de las matemáticas, la cosmografía, la geodesia y física del globo, la botánica, la farmacopea, la medicina, etc. Pero por vía indirecta contrarió su avance al debilitar el entusiasmo por la captación de nuevas verdades, la confianza en las fuerzas cognoscitivas del hombre y su ansia de bucear en el misterio de la vida y de la naturaleza. La inquietud que suscitaba el temor al posible desviarse del camino real de la ortodoxia hubo de frustrar vocaciones y apagar entusiasmos. Y no dejó de contribuir al aislamiento cultural de los españoles, que fosilizó la vida intelectual del país, y a la

rápida declinación de las universidades peninsulares, que llegaron a ser parodias de las que había conocido la época humanista» (pág. 45).

A pesar de todo, en el ensayo de Abellán queda a salvo la existencia del Renacimiento filosófico español, y eso gracias a la savia de la influencia erasmista, ya que «el erasmismo es fundamental y primordialmente un movimiento de carácter religioso, y cuyo fin es la renovación de una espiritualidad que había caído muy bajo en la Edad Media» (pág. 51).

El formalismo y la rigurosa estrechez dogmática paralizaba la auténtica vida de la Iglesia en el siglo XVI, y por ello las doctrinas de Erasmo venían a llenar de calor la entraña medular de la vida cristiana. La perfección para Erasmo radica en la autenticidad de la vida interior. El escritor de Rotterdam no veía en la Iglesia la sociedad jerarquizante y formalista que era entonces, sino a la comunidad de bautizados, Cuerpo Místico de Cristo, pueblo de Dios...

«El mensaje erasmiano—dice Abellán—se resume en un predominio de las virtudes de la sencillez, intimidad, humildad, caridad, amor y, en definitiva, vuelta al espíritu evangélico, rechazando todo lo que se le opone. Se busca así la inserción del cristiano en un nuevo orden espiritual mediante la vivencia profunda de virtudes cristianas, que propician, a su vez, la vivencia comunitaria del Cuerpo Místico de Cristo» (pág. 75).

Dice Pedro Rocamora que para entender a Erasmo desde nuestra perspectiva de hoy podría definírsele como un librepensador del siglo XVI. De aquí que sus doctrinas llevaran a los autores españoles a las posturas más encumbradas y dispares, como los Valdés o los Luises, por citar algunas figuras, tan opuestas y, sin embargo, tan afines por el soplo erasmiano en sus obras. «Toda la meditación erasmiana gira en torno al hombre: su lugar, su deber, su función en el mundo, su relación con los demás seres. Es cierto que en todo ello desempeña especial papel la vinculación a Dios, pero aun en ésta se hace hincapié en el lado humano más que en el divino» (pág. 122).

En su libro nos descubre el profesor Abellán primordialmente que el movimiento erasmiano tuvo también profundas repercusiones en nuestra evolución filosófica, como el tema del Cuerpo Místico, la idea del príncipe cristiano, cierta tendencia hacia el neoesteticismo, el movimiento antimaquiavelista... «Me parece—señala el autor—que la preocupación por las notas señaladas—el hombre, la libertad, la experiencia son las características más destacadas de las implicaciones filosóficas del erasmismo» (pág. 125). Con esto queda claro que Abellán ve en el erasmismo no sólo un movimiento religioso, sino que descubre «su significación múltiple: cultural, política, filosófica» (pág. 51). Por ello, la

influencia erasmista tiene múltiples manifestaciones en el pensamiento español y se dan los fenómenos de Juan Luis Vives, Fernán Pérez de Oliva, Miguel Servet, Huarte de San Juan, etc., símbolos todos ellos de la filosofía renacentista española, que evoca Abellán en su obra.

La Cátedra de Historia de la Filosofía Española de la Universidad Complutense es el mejor aval para este ensayo de José Luis Abellán, ya que él ha buceado de modo constante por estas aguas profundas y poco o mal exploradas. «La influencia del erasmismo—dice—fue muy profunda en la segunda mitad del siglo XVI e incluso hasta bien entrado el XVII. De otra forma, a veces más soterrada, pero no menos profunda, el movimiento erasmista ha llegado de algún modo hasta nuestros días» (pág. 52).

En otra parte de la obra, concretamente en el prólogo, Abellán afirma que el erasmismo fue el último gran movimiento europeísta español antes del fenómeno que Ortega y Gasset ha llamado la «tibetanización» de España. La gran figura del Renacimiento filosófico español es, sin duda, Juan Luis Vives. El profesor Abellán concluye que si Vives es la magna figura filosófica del erasmismo español, y el erasmismo es inseparable de nuestro Renacimiento, la conclusión se hace inevitable» (pág. 129). Nos encontramos con la existencia de un Renacimiento filosófico español.

Hasta ahora no se había señalado el eco del pensamiento de Erasmo en el de Vives: «no se ha insistido lo suficiente sobre el carácter fundamentalmente erasmista de su pensamiento». Marcel Bataillon desecha su estudio al comienzo de su libro con estas ligeras palabras: «entre los españoles que fueron impregnados por Erasmo, los dos más ilustres quizá, Juan Luis Vives y Juan de Valdés, no se estudian aquí sino de manera muy especial. Vives, a partir de sus años de estudiante en la Sorbona, pertenece a Europa. Valdés, durante los años fecundos de su existencia, pertenece a Italia» (pág. 130). Abellán nos descubre el hálito renacentista erasmista que hay en el filósofo levantino porque en él se encuentra la preocupación humanista, el sentido crítico y el retorno a los clásicos, esencias del Renacimiento. «La característica renacentista de Vives se impone a todas luces; es una avanzadilla en actitudes y en doctrinas de lo más típico del Renacimiento: la crítica de la autoridad, la preocupación por el hombre, la vuelta a las fuentes clásicas, la prédica de la observación y la experiencia, el espíritu crítico y curioso de todas las novedades, hasta el punto de ser precursor en múltiples aspectos de doctrinas que se van a convertir pronto en tópicos de la época» (página 129).

La tarea principal de Abellán en esta obra, como ya hemos dicho, es la prueba de la existencia de un Renacimiento filosófico español;

pero además de la influencia en los valores religiosos, apunta otras derivaciones de la corriente erasmiana «en el sentido de universalidad, presente en gran parte de nuestra política y en casi todo nuestro pensamiento...». En este sentido—añade—, «la deuda del pensamiento español para con el erasmismo es inconmensurable» (267). La influencia erasmista en el campo de la cultura queda reflejada en el libro de Abellán apuntando a la obra de Cervantes, más concretamente en el *Quijote,* idea ya expuesta por Américo Castro y Marcel Bataillon como principales autores.

La obra del profesor Abellán es un punto de llegada con unos objetivos bien definidos que han logrado probar su tesis, pero su estudio servirá también de punto de partida para otras obras, por las imbricaciones, sugerencias y ramificaciones que conlleva su postura. El Renacimiento filosófico español, merced a esta obra, puede quedar definitivamente admitido, y hasta puede que se le reconozca a Erasmo lo mucho que le debemos si, por fin, hemos perdido el espíritu de inquisidores que llevamos dentro cada español.—*ENRIQUE RIOS.*

ANA MARIA FAGUNDO: "VIDA Y OBRA DE EMILY DICKINSON"

Este libro, que constituye una biografía crítica y un análisis profundo de la poesía de Emily Dickinson, uno de los mejores poetas líricos de los Estados Unidos, recoge sobre sí el interés de penetrar el universo de la autora por las vías más íntimas y más reveladoras. En efecto, durante más de medio siglo, la crítica dickinsoniana, en su deseo de invadir con suficiencia aquel orbe poético, consideró los aledaños de su esfera privada, como pudieron ser los testimonios de sus contemporáneos, las cartas familiares e incluso aquellos datos socioculturales que de alguna manera incidían en la concepción de la existencia que mostrara en sus versos. Sin embargo, aquel método extensivo caía en la vieja trampa de dejar tapias afuera el verdadero huerto recoleto del pensar y el sentir dickinsonianos. En este punto es donde la tarea de la biógrafa ha venido a llenar felizmente la laguna exegética más grande en las literaturas críticas o estudiosas acerca de la poetisa Emily Dickinson. Nos dice Ana María Fagundo, en el *Prefacio* de su libro: *que yo sepa, hasta ahora no se ha intentado seguir a Emily*